

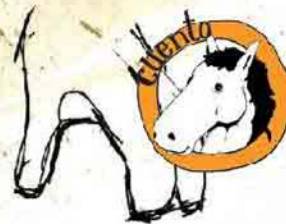
7-11  
años

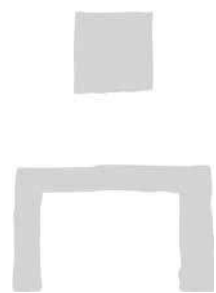
COLECCIÓN  
Caminos del SUR

serie  
Los siete mares

Soraya Rivero  
Ilustrado por Richard León Leonice

# Aventuras con un Esqueleto





© FUNDACIÓN EDITORIAL EL PERRO Y LA RANA, 2017 (DIGITAL)  
© SORAYA RIVERO

CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, TORRE NORTE, PISO 21, EL SILENCIO,  
CARACAS - VENEZUELA, 1010.  
TELÉFONOS: (0212) 7688300 / 7688399

CORREOS ELECTRÓNICOS  
ATENCIONALES@SCRITORFEPR@GMAIL.COM  
COMUNICACIONES@PERROYRANA@GMAIL.COM

PÁGINAS WEB  
WWW.ELPERROYLARANA.GOB.VE  
WWW.MINCULTURA.GOB.VE

REDES SOCIALES  
FACEBOOK: FUNDACIÓN EDITORIAL ESCUELA EL PERRO Y LA RANA  
TWITTER: @PERROYRANALIBRO

DISEÑO DE LA COLECCIÓN  
MÓNICA PISCITELLI

ILUSTRACIONES  
© RICHARD LEÓN LEONICE

EDICIÓN  
EDGAR ABREU

CORRECCIÓN  
YESENIA GALINDO

DIAGRAMACIÓN  
ZONIA GARCÍA

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
DEPÓSITO LEGAL (EN PROCESO)  
ISBN 978-980-14-3272-2

Soraya Rivero

# Aventuras con un Esqueleto



Ilustrado por Richard León Leonice

## PRESENTACIÓN

HAY UN UNIVERSO MARAVILLOSO DONDE REINAN EL IMAGINARIO, LA LUZ, EL BRILLO DE LA SORPRESA Y LA SONRISA ESPLÉNDIDA. TODOS VENIMOS DE ESE TERRITORIO. EN ÉL LA LECHE ES TINTA ENCANTADA QUE NOS PINTA BIGOTES COMO NUBES LÍQUIDAS; ALLÍ ESTUVIMOS SEGUROS DE QUE LA LUNA ES EL PLANETA DE RATONES QUE JUEGAN A COMER MONTAÑAS, DESCUBRIMOS QUE UNA MANCHA EN EL MANTEL DE PRONTO SE CONVERTÍA EN CABALLO Y QUE ESCONDER LOS VEGETALES DE LAS COMIDAS RARAS DE MAMÁ, DETRÁS DE CUALQUIER ESCAPARATE, ERA LA BATALLA MÁS RIESGOSA. ESTA COLECCIÓN MIRA EN LOS OJOS DE NIÑOS Y NIÑAS EL BRINCO DE LA PALABRA, ATRAPA LA IMAGEN DEL SUEÑO PARA HACER DE ELLA CARAMELOS Y NOS INVITA A VIAJAR LIVIANOS DE CARGA EN BUSCA DE CAMINOS QUE AVANZAN HACIA REALIDADES POSIBLES.

EL GALLO PELÓN ES LA SERIE QUE RECOGE TINTA DE AUTORAS Y AUTORES VENEZOLANOS; EL LUGAR EN EL QUE SE ESCUCHAN VOCES TROVADORAS QUE RELATAN LEYENDAS DE ESPANTOS Y APARECIDOS DE NUESTRAS TIERRAS, LA MITOLOGÍA DE NUESTROS PUEBLOS INDÍGENAS Y TODO CANTO INAGOTABLE DE IMÁGENES Y RITMOS.

LOS SIETE MARES ES LA SERIE QUE TRAE COLORES DE TODAS LAS AGUAS; VIENE A NUTRIR LA IMAGINACIÓN DE NUESTROS NIÑOS Y NIÑAS CON OBRAS QUE HAN MARCADO LA INFANCIA DE MUCHAS GENERACIONES EN LOS CINCO CONTINENTES.





## Nota de la autora

- En mi interior hay una explosión de ideas y pensamientos que quisiera que fuesen proyectados lejos de las dimensiones de los dogmas o doctrinas, ya sean familiares o colectivas.

Si logras salir de tu pasado, ¡brilla y actúa en el presente! ¿Cómo? ¡Proyecta lo que sientes! ¿Qué sientes? ¿Amor? ¡Proyéctalo! ¿Ilusión? ¡Proyéctala! ¿Deseos? ¡Proyéctalos! ¿Angustias? ¡Proyéctalas fuera de tu ser y llena ese vacío con algo bello! ¿Cómo? ¡¡Solo siente lo que quieres que esté fuera y saldrá!!

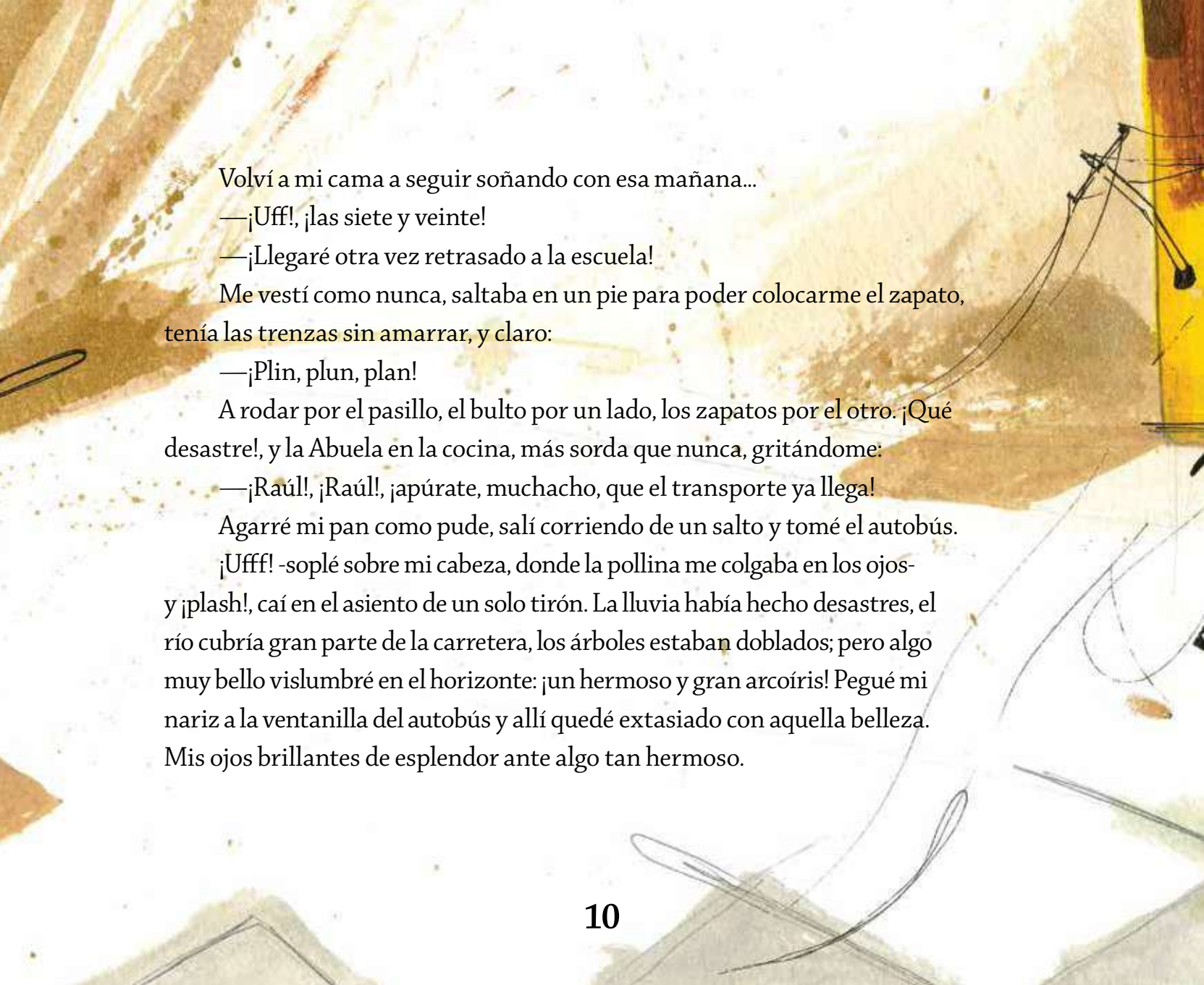


Todo empezó una noche en la que estaba durmiendo...

El lugar estaba tranquilo, el silencio reinaba por aquellos parajes desolados del campo; me levanté de un salto al escuchar aquel estruendoso ruido de la tormenta que llevaba varios días inundando las calles. Todos estaban preocupados por las aguas del río que quedaban justo detrás de la casa...

Después de aquel ruido espeluznante, hubo un silencio absoluto, no se escuchaba ni el tictac del viejo reloj de la sala. Todo estaba gris, un gris azulado, algo muy extraño...



The background of the page is an abstract artistic composition. It features warm, earthy tones of yellow, orange, and brown, with some darker, more saturated areas. There are several thin, dark lines and sketches scattered across the page, including a prominent one on the right side that resembles a stylized figure or a structure. The overall effect is that of a watercolor or ink wash painting with a sketchy, hand-drawn quality.

Volví a mi cama a seguir soñando con esa mañana...

—¡Uff!, ¡las siete y veinte!

—¡Llegaré otra vez retrasado a la escuela!

Me vestí como nunca, saltaba en un pie para poder colocarme el zapato, tenía las trenzas sin amarrar, y claro:

—¡Plin, plun, plan!

A rodar por el pasillo, el bulto por un lado, los zapatos por el otro. ¡Qué desastre!, y la Abuela en la cocina, más sorda que nunca, gritándome:

—¡Raúl!, ¡Raúl!, ¡apúrate, muchacho, que el transporte ya llega!

Agarré mi pan como pude, salí corriendo de un salto y tomé el autobús.

¡Ufff! -soplé sobre mi cabeza, donde la pollina me colgaba en los ojos- y ¡plash!, caí en el asiento de un solo tirón. La lluvia había hecho desastres, el río cubría gran parte de la carretera, los árboles estaban doblados; pero algo muy bello vislumbré en el horizonte: ¡un hermoso y gran arcoíris! Pegué mi nariz a la ventanilla del autobús y allí quedé extasiado con aquella belleza. Mis ojos brillantes de esplendor ante algo tan hermoso.



Pudiera extenderme más con respecto a mi día en la escuela, pero estoy seguro de que eso ya todos se lo imaginan: los maestros, directores, el recreo. Mejor prefiero contarles cómo es mi Abuela, y estoy seguro de que te la podrás imaginar también.

—¡Abuela!, ¡Abueee! -como dulcemente solía decirle-, ¡ya llegué!

Grité por toda la casa:

—¡Abue!, ¡Abue! -y nada. Abue no respondió.

Al salir al patio, miré a lo lejos unos tractores y camiones que estaban como recogiendo escombros. Me acerqué lo más que pude para ver, sin que los obreros me vieran. Todos gritaban:

—¡Aquí!, ¡aquí!, ¡Julián!, ¡Santiago!, ¡vengan!





Todos estaban trabajando en el desastre que había dejado la lluvia.

Ya era tarde, el sol estaba en el horizonte, listo para partir. Los obreros recogieron todas sus cosas y se despidieron.

—¡Hasta mañana!

Yo me quedé un rato más, observando ese sol, tan anaranjado y redondo, sin pensar en nada, solo observaba.



De pronto, ¡racataplum!, se abrió un enorme hueco en el suelo, a escasos dos centímetros de mis pies: “¡Gracias a Dios -pensé- que no caí allí!”. Como buen muchacho -con mis escasos nueve años- curioso, explorador y aventurero, me acerqué y vi una escalera que se formó con el derrumbe. Por supuesto, me dispuse a bajar y fui contando:

—Uno, dos, tres... Hasta llegar al diez. Allí apoyé mi mano en la pared de piedras y, ¡plum!, se abrió otro boquete.

—¡Uuaaaaoohhh! -dije-. ¿Qué es esto?

Me agaché y miré. Aún el sol lograba alumbrar muy tenue, pero se veía. En eso escuché los gritos de mi Abuela:

—¡Raúl!, ¡Raúl!, ¿dónde estás, muchacho?

Y claro, tuve que salir corriendo de ese lugar a la casa donde estaba mi pequeña y gordita Abuela, con su delantal de flores y sus zapatillas de goma. Me senté con ella a cenar como de costumbre. Después, ella se fue a su mecedor, frente a la tele, donde se quedó dormida, quién sabe hasta qué hora, porque en las mañanas cuando me levanto, ya ella está despierta.



Subí a mi cuarto y me senté junto a la ventana a ver el paisaje un buen rato. En eso escuché algo, no sé qué, algo que se arrastraba por ahí afuera; busqué mi superlinterna, pasé por la sala donde mi Abuela ya roncaba, llegué al patio y alumbré. La voz no me salía.

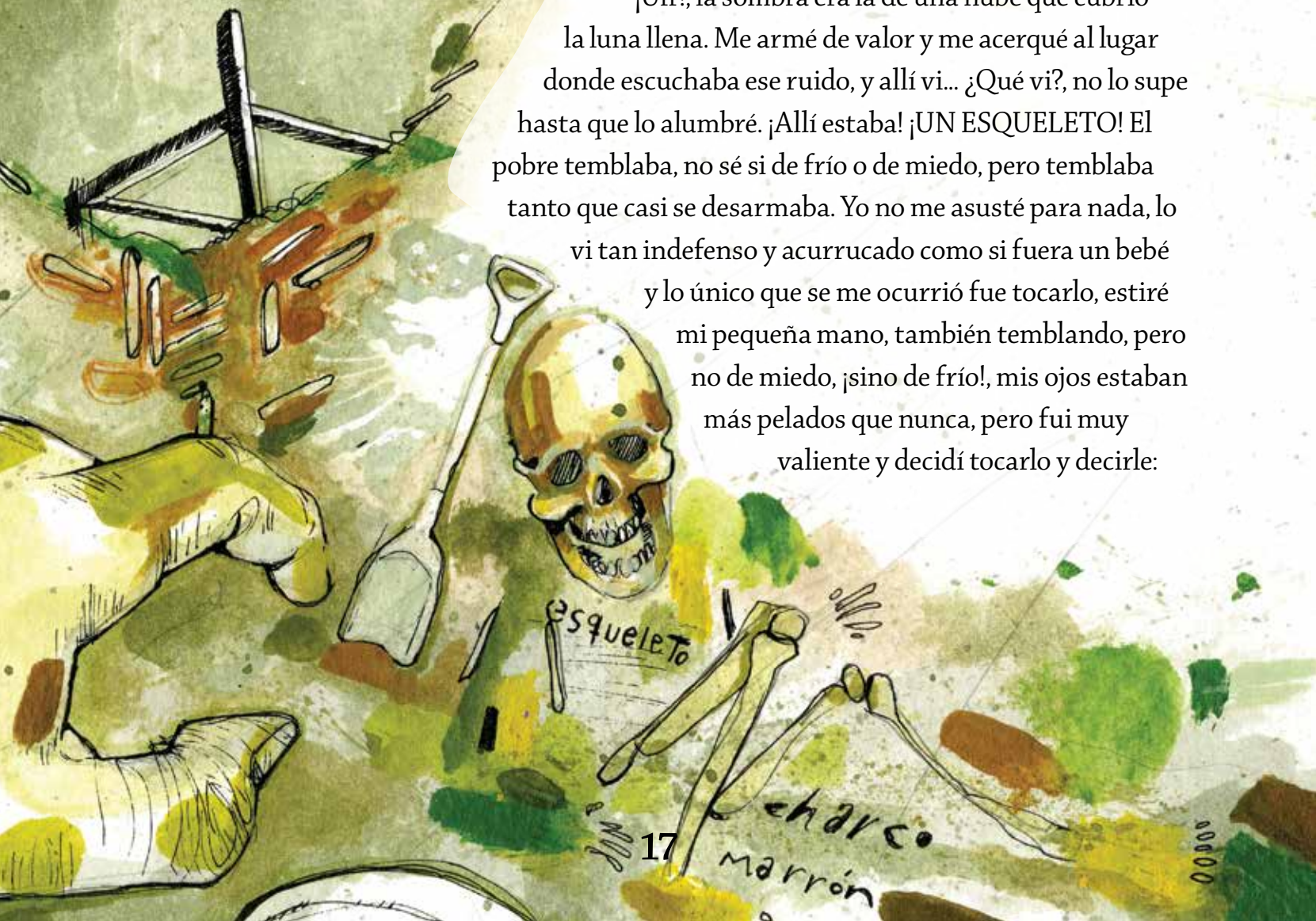
—¿Quién anda ahí? -pregunté.

Todo mi cuerpo temblaba, estaba requeteasustado, volví a preguntar y esta vez me salió una voz más varonil, como la de un adulto:

—¿Quién anda ahí?

Y nada, me senté en las escaleras y esperé. En eso, ¡una sombra!, una gran sombra me cubrió, y volví a escuchar ese mismo ruido, como de algo o alguien que se arrastra.

¡Uff!, la sombra era la de una nube que cubrió la luna llena. Me armé de valor y me acerqué al lugar donde escuchaba ese ruido, y allí vi... ¿Qué vi?, no lo supe hasta que lo alumbré. ¡Allí estaba! ¡UN ESQUELETO! El pobre temblaba, no sé si de frío o de miedo, pero temblaba tanto que casi se desarmaba. Yo no me asusté para nada, lo vi tan indefenso y acurrucado como si fuera un bebé y lo único que se me ocurrió fue tocarlo, estiré mi pequeña mano, también temblando, pero no de miedo, ¡sino de frío!, mis ojos estaban más pelados que nunca, pero fui muy valiente y decidí tocarlo y decirle:



esqueleto

17

charco  
marrón

0000

—Tranquilo, no voy a hacerte daño.

El pobre dejó de temblar y, en su misma posición, solo giró un poco su cabeza para mirarme; pero... ¡no tenía ojos!, ¿cómo podía ver?

En ese momento, solo pensé en ayudarlo, busqué en el ático una cobija y un sombrero, se los coloqué y me senté a verlo. Él no se movía, estaba acurrucado en ese rincón, parecía más bien asustado. Lo observé tanto, nunca había visto un esqueleto de verdad, siempre en fotos o en el laboratorio de Ciencias de la universidad de mi primo Alberto. Me quedé dormido de verlo. Pero, cuando me desperté con los gritos de mi Abue:

—¡Raúl!, ¡Raúl!, ¿dónde estás, muchacho?



Me asombré mucho al no ver al Esqueleto. ¡No estaba! ¡Se había ido!, pero..., ¿adónde? ¿Cómo?, me fui a la casa muy desolado, cada dos pasos miraba hacia atrás para ver si lo veía; pero no, se había marchado.

Llegué a la casa y agarré mi bulto y mi pan, y directo al autobús, menos mal que ya era viernes. Durante todo el día en la escuela solo podía pensar en el Esqueleto: “¿Dónde estará? ¿Sería un sueño?”, por fin sonó el timbre y corrí al autobús, llegué a la casa, esta vez no grité a la Abuela, sino que fui directo al mismo lugar donde la noche anterior estaba el Esqueleto.

¡Mis ojos se iluminaron! ¡¡Allí estaba!! con la misma cobija y el sombrero que le había dado. Saqué de mi bolsillo un ojo de sapo que estaba en el laboratorio de mi escuela y se lo puse. Me costó un poco, él estaba aún muy asustado; pero por fin se lo amarré con hilo de *nylon* que encontré por allí cerca, fue toda una operación, y quedó realmente bien puesto, después de varios intentos, claro.



Lo ayudé a pararse, ¡uuuyy!, ¡qué alto era!, no lo parecía allí acurrucado, yo le llegaba como por la cintura, bueno, no tanto, un poquito más arriba, lo agarré de la mano, bueno, de sus huesos, y lo halé hasta afuera para probar su nuevo ojo. ¡Él abrió tanto su boca que se le cayó la mandíbula!, otra vez a la reparación, esta vez utilicé un tornillo y se la ajusté, quedó algo dura, pero con un poquito de aceite logré que se movilizara bien.

—¿Cómo te llamas? -le pregunté.

Él no dejaba de mirar afuera, parecía confundido, tantas máquinas y grúas allí estacionadas, parecía no conocer nada... Volví a preguntarle:

—¿Cómo te llamas? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres?

Pregunté tanto que Esqueleto me colocó su mano huesuda en la boca como para callarme, volteó a mirarme con su nuevo ojo de sapo y abrió su boca como para hablarme, y nada ¡No tenía lengua! ¿Cómo podría decir algo? ¡Si no tenía lengua! ¿Ahora, qué hago? ¿Dónde podré conseguir una lengua para mi amigo Esqueleto? ¡¡Imposible!!



En eso me acordé de una clase de mímica, de esas donde solo se mueven las manos, y recordé los gestos de ¡Hola! y ¡Te quiero!, ¡je, je! Esqueleto entendió y, ¡me abrazó muy pero muy fuerte! ¡Casi me ahoga del apretón!, desde entonces nos comunicábamos por muecas o dibujos, o lo que sea.

Nuevamente llegó la noche. Después de tratar de comunicarme con Esqueleto y tratar de lograr que me entendiera, le dije:

—Mi nombre es Raúl, ¿y tú?

Él abrió la boca como para decir algo, pero solo se veía un hueco a través de él. Yo, con mirada ansiosa, esperé. ¡Pero no! ¡No me dijo nada! En eso me relajé y escuché una voz de ultratumba que me sonaba dentro de mi cabeza, volteé de un lado para otro sin ver a nadie, y volví a escuchar...

—¡Ramónnnnn! ¡Mi nombre es Ramónnn!

¡Uf! ¡Di un salto y me reí mucho!, después de haber tratado tanto de comunicarme, de decir palabras con mímica, ¡ufff!, Esqueleto, es decir, Ramón, se podía comunicar conmigo telepáticamente, ¡solo pensando!, ¡sin nada de esfuerzo! Por supuesto, allí, inició nuestra verdadera aventura. Surgieron todas sus preguntas y todas mis respuestas.



¡Román! Mi nombre es Ramón!

¡UF!



Me contó que en su época -claro, él todavía no estaba muy seguro con lo de su época y mi época actual, y al parecer él pertenecía a la era de los dinosaurios, o algo cerca, eso lo noté por su asombro con los tractores, él se asustó muchísimo y pensó que eran dinosaurios o algo así-, bueno, me contó que en su época ellos cazaban para comer y me preguntó si aún era así. Yo como siempre empecé a hablar sin parar. Le hablé del microondas, del horno, de la tele, de los juegos cibernéticos. Él solo observaba sin omitir ningún sonido ni pensamiento telepático, solo observaba y trataba de entender lo que yo le estaba comentando. Cuando me di cuenta de que no lograba entender nada, empezó la travesía.

Lo tomé de la mano y logré llevarlo hasta mi cuarto sin que Abue lo notara. Él miró todo con detenimiento, vio mis aviones de madera que colgaban en el techo, vio mi mapamundi, mi sistema solar... Él solo se rascaba la cabeza sin entender qué era todo aquello. ¡Yyyy!, ¡yo prendí la tele! El pobre brincó del susto y cayó en el sofá que tenía en mi cuarto, temblaba y temblaba, casi se desarmaba. Lo tranquilicé hablándole de eso, lo senté en el sofá y le puse los audífonos y el control de mi videojuego en sus manos huesudas. Mi primer juego: ¡carrera de carros!, ¡je, je, je! ¡Ramón saltaba de alegría!, pasaba por entre los carros como si realmente estuviera allí. Así fue hasta que me quedé dormido, con una sonrisa en mis labios. Estaba realmente feliz: encontré con quien charlar. ¡Encontré un amigo!



—¡Raúll!, ¡Raúll!, ¡muchacho!, ¿dónde estás? -gritó mi Abuela.

Abrí mis ojos, y nuevamente Ramón, ¡mi amigo Ramón!, ¡no estaba! Busqué por todos los lados, debajo de la cama, en el clóset, en el baño y nada... ¡Se había ido!

Bajé las escaleras suavemente, con la cabeza baja, la tristeza me embargaba. ¡Mi amigo, mi nuevo amigo, se había marchado!

En la cocina, como siempre, mi Abuela me dio un beso y un abrazo, me miró con sus ojos expresivos y me dijo:

—¡Ay, muchacho!, ¡cómo has crecido! ¿Qué estarás inventando?

Me dio otro beso y dijo:

—¡Anda, come!

—¡Tu desayuno está servido!

Nos sentamos. Yo, con una mirada lánguida, no entendía el porqué de las desapariciones de mi nuevo amigo.

Al llegar la tarde, escuché la voz de mi amigo:

—¡Raúl, ya estoy aquí, ven, amigo!

Subí corriendo las escaleras, llegué sin aire a mi cuarto y... ¡Sí! ¡Allí estaba!

—¡Ramón!, ¡Ramón!, ¡amigo!, ¿dónde te habías metido?

—Hay cosas que luego entenderás -dijo.

Decidí llevarlo afuera, le presté unos pantalones, un sombrero, unos zapatos y una camisa del Abuelo, quien ya tenía tres años de haber partido a ese mundo espiritual del que nadie regresa.

Ramón se veía muy gracioso. Reí mucho al verlo vestido. La ropa le quedaba muy grande y ancha, ¡ja, ja! El Abuelo era muy grande y gordo en aquel entonces.

Caminando por la vereda, como aún era temprano, la gente estaba en la calle, me saludaban.

—¡Hola, Raúl! ¿Un amigo nuevo?

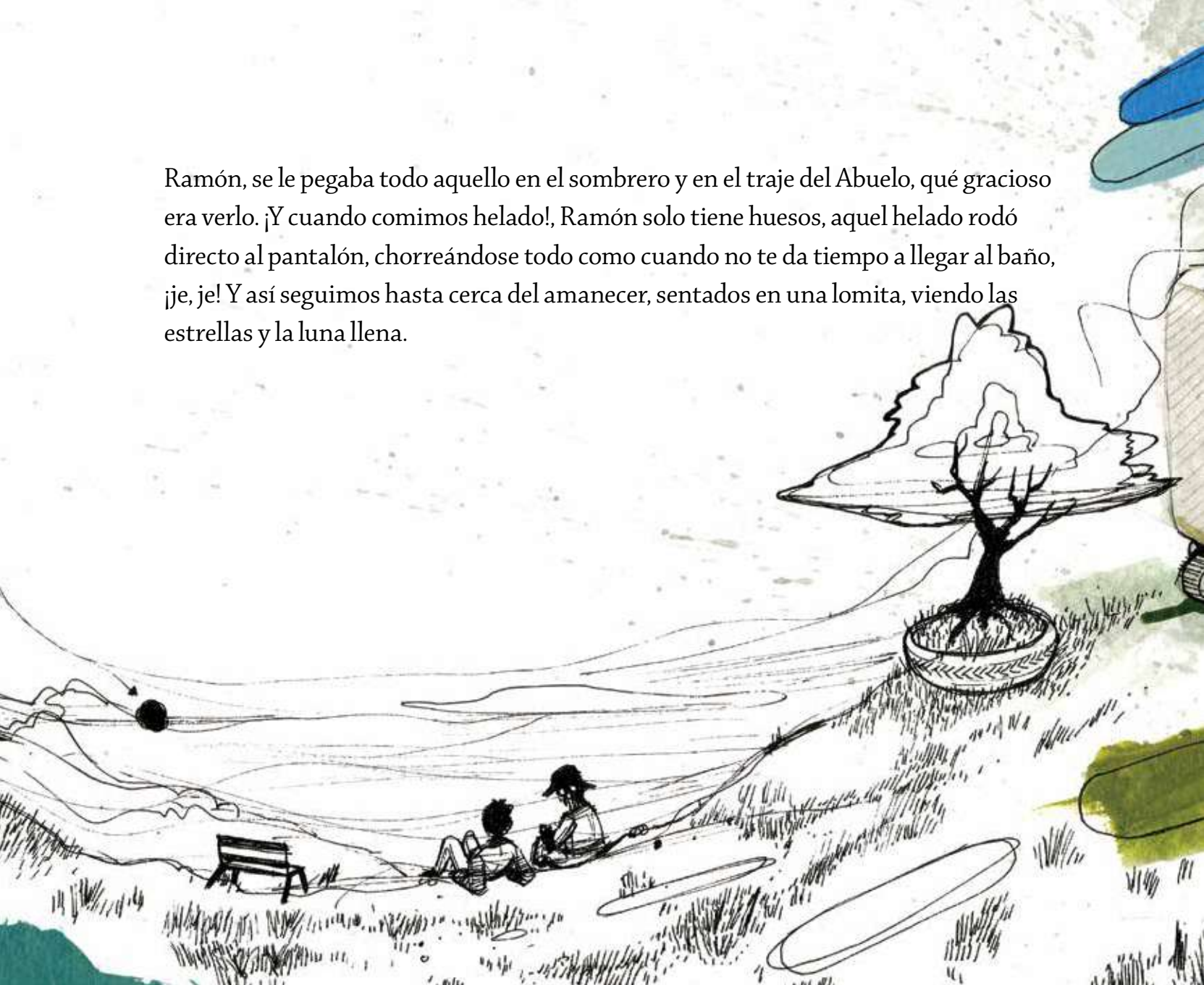
Yo reía y saludaba con la mano, le iba indicando a Ramón quiénes eran y qué era cada una de las cosas con las cuales nos íbamos encontrando en el camino.

En eso un perrito salchicha se nos acercó amistoso a oler a Ramón... ¡Y empezó a quererlo morder! -claro, tremendo hueso aquel-. Ramón sacudía sus piernas, y el salchicha nada que lo soltaba, lo hizo correr hasta un árbol. Entonces, apareció la dueña que, con mucha vergüenza, lo cargó, pidió disculpas y se marchó murmurando:

—Tan grande y tan cobarde.

Por fin, llegamos a la feria de los carritos y juegos electrónicos. Aquello estaba tan lleno, era sábado, y el lunes ya sería carnaval, había muchos niños ya disfrazados. Eso ayudó a camuflajear a Ramón. Comimos algodón de azúcar, imagínense el desastre de

Ramón, se le pegaba todo aquello en el sombrero y en el traje del Abuelo, qué gracioso era verlo. ¡Y cuando comimos helado!, Ramón solo tiene huesos, aquel helado rodó directo al pantalón, chorreándose todo como cuando no te da tiempo a llegar al baño, ¡je, je! Y así seguimos hasta cerca del amanecer, sentados en una lomita, viendo las estrellas y la luna llena.





Azul oscuro

Ramón me indicaba cada nombre:

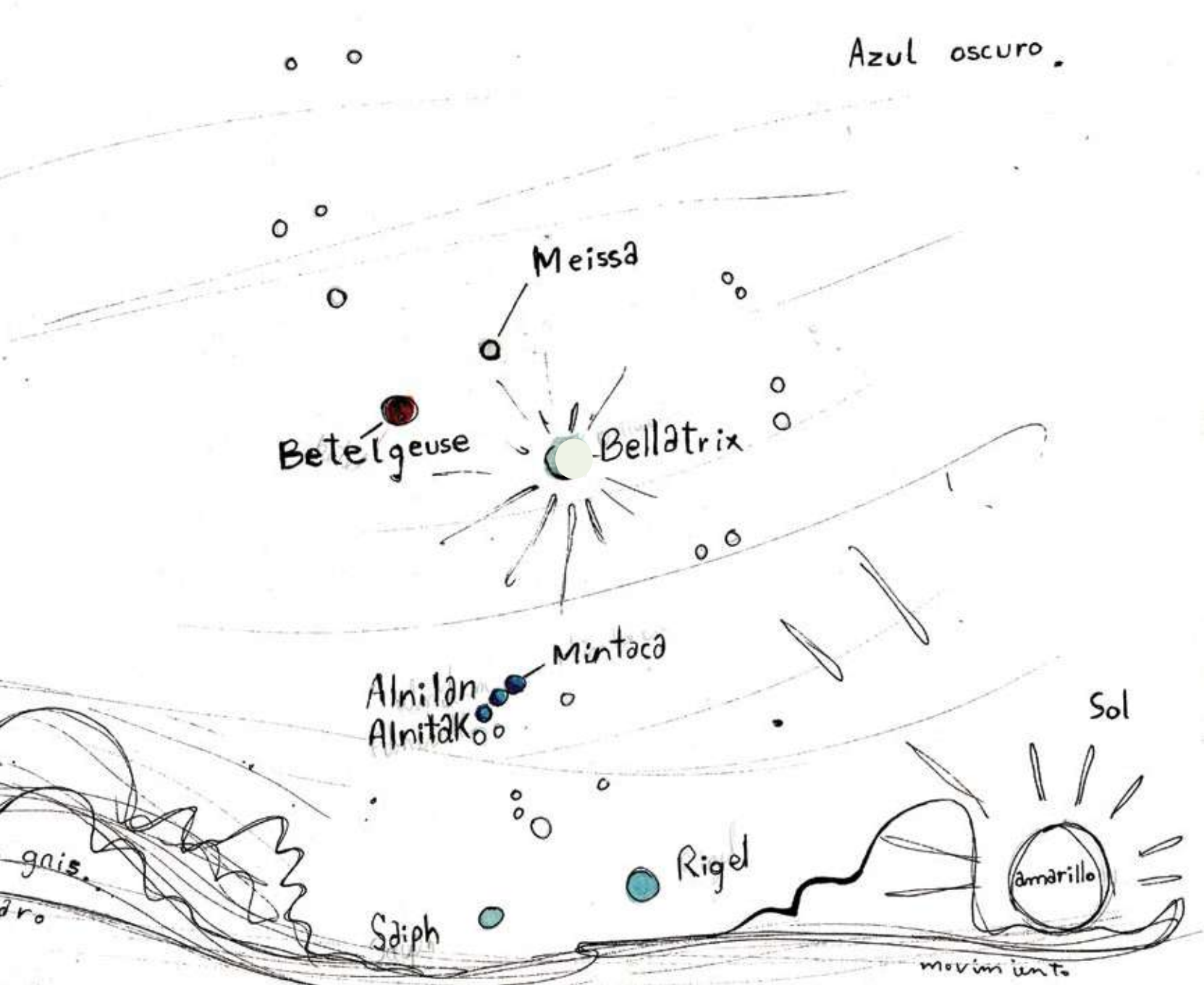
—Esta de allí es la constelación de Orión. La rojiza Betelgeuse, aquella Meissa, la blanca azulada y brillante Bellatrix, las tres juntitas: Mintaka, Alnilam y Alnitak, todas de color azul, muy jóvenes y situadas en la misma distancia; Rigel, la azul claro, a su lado también azul claro Saiph y más abajito del Cinturón de Orión verás a Sirius.

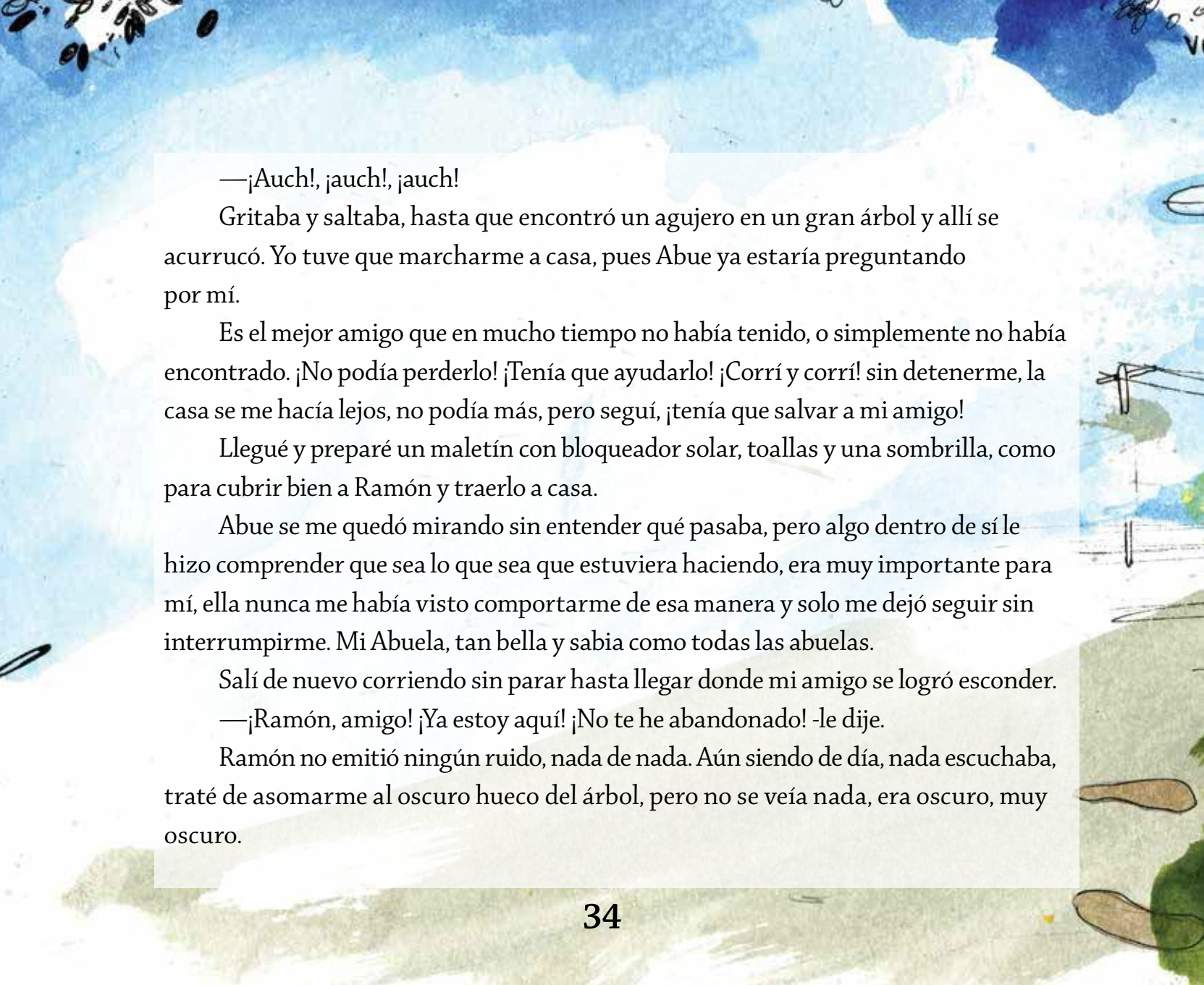
Hubo un silencio y allí comprendí que Ramón no podía ser de la era de las cavernas, debe haber sido algún astrónomo o algo parecido. Me acordé tanto de mi Abuelo; él todas las noches solía contarnos historias sobre las estrellas, solía decirme que en ellas estaba marcada la historia del pasado, presente y futuro.

Nos agarró el amanecer allí sentados. De repente, Ramón gritó y pegó un brinco al ver el primer rayito de sol, buscó donde esconderse, noté que de su dedo salía humo, era el sol que lo quemaba y por eso se perdía en el día. ¡Los rayos del sol lo calcinarían!



Azul oscuro.





—¡Auch!, ¡auch!, ¡auch!

Gritaba y saltaba, hasta que encontró un agujero en un gran árbol y allí se acurrucó. Yo tuve que marcharme a casa, pues Abue ya estaría preguntando por mí.

Es el mejor amigo que en mucho tiempo no había tenido, o simplemente no había encontrado. ¡No podía perderlo! ¡Tenía que ayudarlo! ¡Corrí y corrí! sin detenerme, la casa se me hacía lejos, no podía más, pero seguí, ¡tenía que salvar a mi amigo!

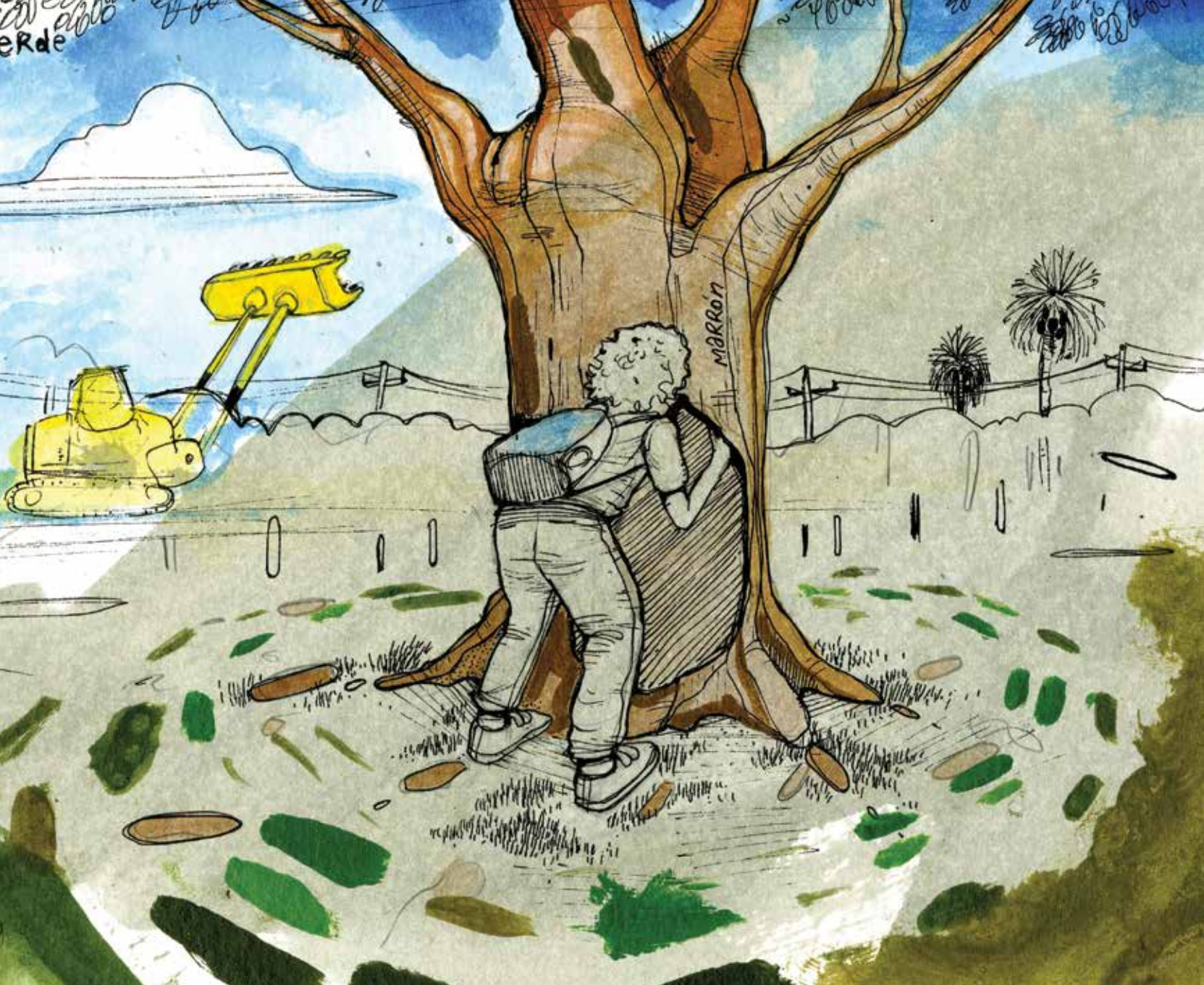
Llegué y preparé un maletín con bloqueador solar, toallas y una sombrilla, como para cubrir bien a Ramón y traerlo a casa.

Abue se me quedó mirando sin entender qué pasaba, pero algo dentro de sí le hizo comprender que sea lo que sea que estuviera haciendo, era muy importante para mí, ella nunca me había visto comportarme de esa manera y solo me dejó seguir sin interrumpirme. Mi Abuela, tan bella y sabia como todas las abuelas.

Salí de nuevo corriendo sin parar hasta llegar donde mi amigo se logró esconder.

—¡Ramón, amigo! ¡Ya estoy aquí! ¡No te he abandonado! -le dije.

Ramón no emitió ningún ruido, nada de nada. Aún siendo de día, nada escuchaba, traté de asomarme al oscuro hueco del árbol, pero no se veía nada, era oscuro, muy oscuro.



Entonces me senté solo a esperar mientras el día transcurría, volteé muchas veces a ver si lo veía, pero nada; me distraje un rato con los animales que pasaban por allí, vacas, chivos, pajaritos... las horas pasaron y pasaron.

Lancé piedritas, rocé la tierra con mis pies, y espera que espera cuando el sol se empezó a ocultar. ¡¡Por fin!!, mi amigo salió de su rincón oscuro y me dijo:

—Yo sabía que estarías allí, un amigo es amigo para siempre, esté donde esté.

Salté y lo abracé, ¡era como mi Padre!, no sé, ¡como mi Abuelo!, no sé tampoco, solo sé que era el mejor amigo del mundo que había conocido. Caminamos abrazados. ¡No quería soltarlo! Logramos llegar a casa. Como era aún muy temprano, la Abuela estaba en la cocina, fue fácil pasar sin que ella lo notara, entramos a mi cuarto y por supuesto...

Ramón ¡APESTABA! ¡OLÍA A ZORRILLO!, ¡je,je,je! Mi emoción fue tal en el momento que lo vi, que no lo noté, sino hasta llegar a mi cuarto: ¡el lugar más seguro del mundo! ¡Mi cuarto! Casi que lo obligué a que se bañara, ¡je, je, je! Yo sé que no es agradable, pero también sé que una vez allí dentro, ¡ufff!, le costaría salir. Le di una toalla, un cepillo, un jabón, todo lo que mi Abuela me da cuando me toca bañarme, ¡ja, ja, ja!, la cara de Ramón era todo un poema, me veía y no entendía para qué tantas cosas, ¡claro, como él no olía! Ya casi que la Abue desde la cocina se daba cuenta del olor tan terrible que mi amigo emanaba.



Por fin, después de varios intentos para que se metiera bajo la regadera, era muy gracioso, él pensaba que aquellas gotas de agua le golpearían fuerte, metía un dedo y saltaba, metía el otro y saltaba de nuevo, hasta que yo lo empujé. ¡Hizo desastres en el baño! ¡Vacío todo el champú! ¡La espuma no dejaba verlo! ¡Je, je, je!, fue muy divertido, allí duró mucho rato. Mientras, yo empecé a escribir -¡sí!, ¡a escribir!, a escribir este cuento que estás leyendo, ¿simpático, verdad?, algo de fantasioso, pero con mucha verdad. Al salir mi amigo del baño, solté el lápiz y el papel.

¿Creías que lo estaba escribiendo en computadora? ¡Pues, no! En aquel tiempo eso ni siquiera se soñaba que iba a existir, ya que mi Abue no tenía cómo comprármela. Muchos años después fue que lo transcribí y hoy, como verás, llegó a tus manos como un pequeño libro de un cuento real, aunque ante los ojos de los demás solo fue fantasía. ¡Sigamos!

Esta vez nos quedamos hablando de todo un poco, de la vida, de cómo transcurría, de los estudios, de lo importante que es aprender, hablamos de la familia, de lo bello que es tenerla y cultivarla. Bueno, él me habló de los hijos, tema que aún desconocía, claro, por mi temprana edad, pero me dijo lo importante que somos los hijos en la vida de los padres y que un día yo sería padre y lo comprendería. Esas fueron las horas más nutridas, entre el anochecer y el amanecer del nuevo día, no quería que las horas pasaran, y estaba tan a gusto. Logré disfrutar cada segundo, cada minuto,

y aprendí que los momentos hay que vivirlos, hacer lo que uno realmente quiere, y de esta manera la vida te va dando ese minuto a minuto nutrido de amor y comprensión.

Empezó a caer más y más la noche, el cansancio de todo un día sin comer y dormir me arropó, recosté mi cabeza en mi amigo y empecé a soñar. Soñé que mi amigo Ramón se despedía y con una voz melodiosa me decía:

—Aquí estaré siempre cuidándote y guiándote si abres tu mente, me verás y escucharás, no estaré físicamente, pero en tu corazón siempre verás que en cada ser que te encuentres en tu camino habrá un Ramón que te guiará; sigue tu vida, sé fuerte, no te detengas; la vida ahora y siempre continuará, está en tus manos cómo la vivas. El destino te lo marcan las estrellas, y tú, con paciencia y tolerancia, lograrás arrimar cualquier obstáculo que se te presente, y con eso solo aprenderás más. Te quiero mucho, amiguito.

Al despertarme, me encontré rodeado de mucha gente que decía:

—¿Está muerto? ¡Pobrecito! ¿Desde cuándo estará allí?

—¡Saquémoslo!

Yo realmente no sabía lo que estaba ocurriendo, solo recordaba que encontré un amigo, o ¿será que lo imaginé? ¡Uff!, qué enredo. Cuando logré despertar bien, me vi en aquel hueco donde la primera vez casi caía. ¿Me caí de verdad? ¿Qué sería lo que me



pasó? ¡Pero si yo lo vi todo! ¡Vi a Ramón! ¡Fui a la escuela! ¿Qué es esto?, ahora estoy en un hueco en el cual no recuerdo haber caído. ¿Qué me pasó?

¡Auch!, me duele el brazo... ¿Qué pasó?

Vi a lo lejos a mi Abuela, la pobre tenía una cara de angustia tremenda, traté de levantarme y no lo logré. ¡Mi cuerpo estaba pesado! ¡Pero quería levantarme! ¡Quería correr a los brazos de mi Abuela y decirle lo mucho que la quiero! ¡Que voy a hacer mis tareas! ¡Que voy a ayudarla en todo, todo! ¡Todo lo que me pida! Esa cara de la Abuela me daba en el alma. Qué grande es su amor. Abrí mis ojos y dije:

—¡Aquí estoy, no me he ido aún, me queda mucho por recorrer!

Hoy, que ya soy un adulto, logro entender lo que me ocurrió o por lo menos eso creo. Aquel día, ¡sí!, ¡ese día!, partí al infinito, adonde todos algún día partiremos; pero ese, mi amigo Ramón, imaginario o real -eso no lo podré descifrar-, me ayudó a no cruzar el umbral. Me enseñó a que la vida aún me necesitaba, que mi Abuela tan bella, que ya se marchó, me necesitaba en ese momento y que debía luchar para seguir viviendo.

Estoy como tú, leyendo mi cuento, y en eso mi hijo, el más pequeño de los tres, me dice en su lenguaje, aún no tan perfecto, pero muy claro:

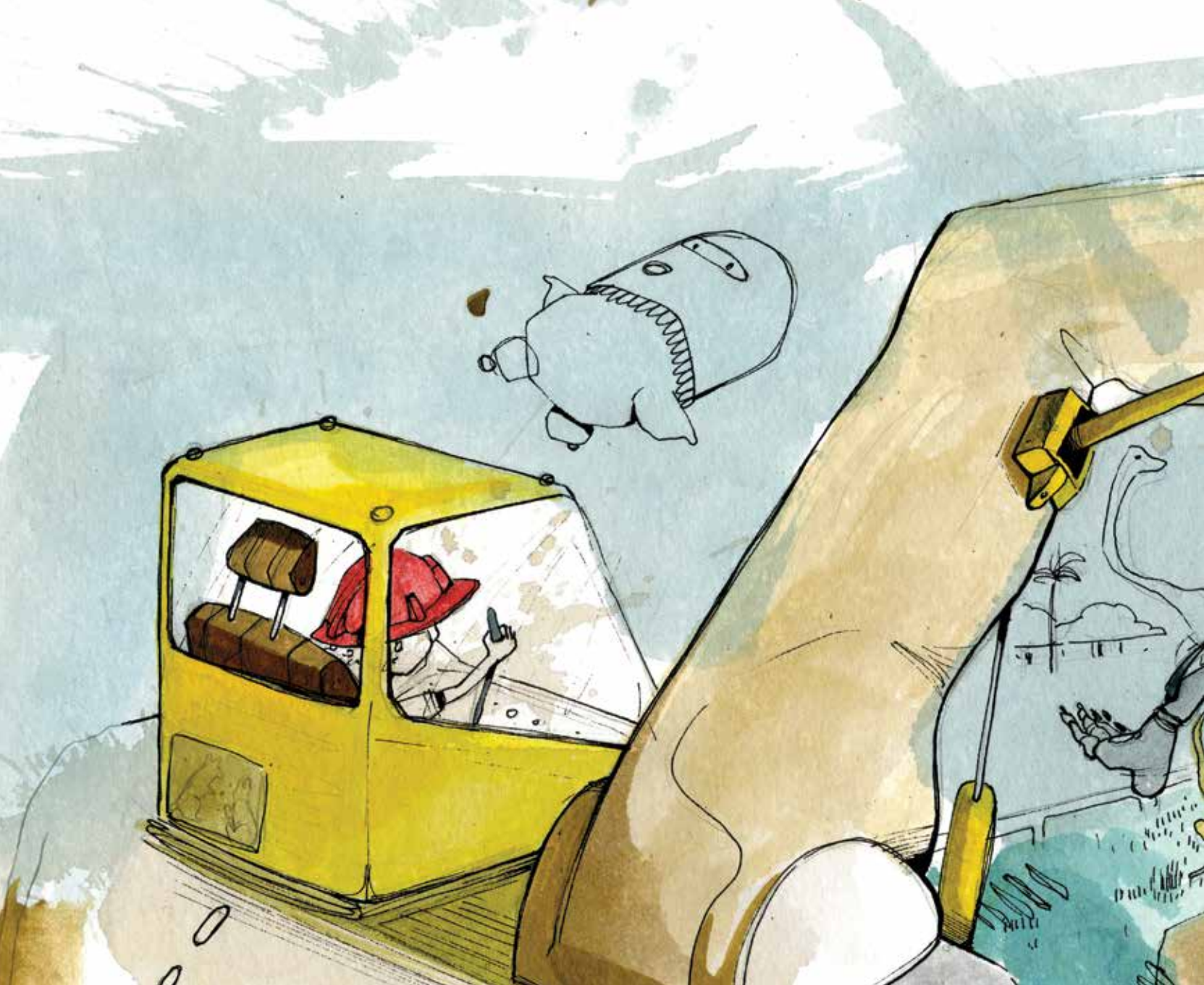
—¡Papi!, mila a mi amiguito, se llama Damón, y es mi amigo.

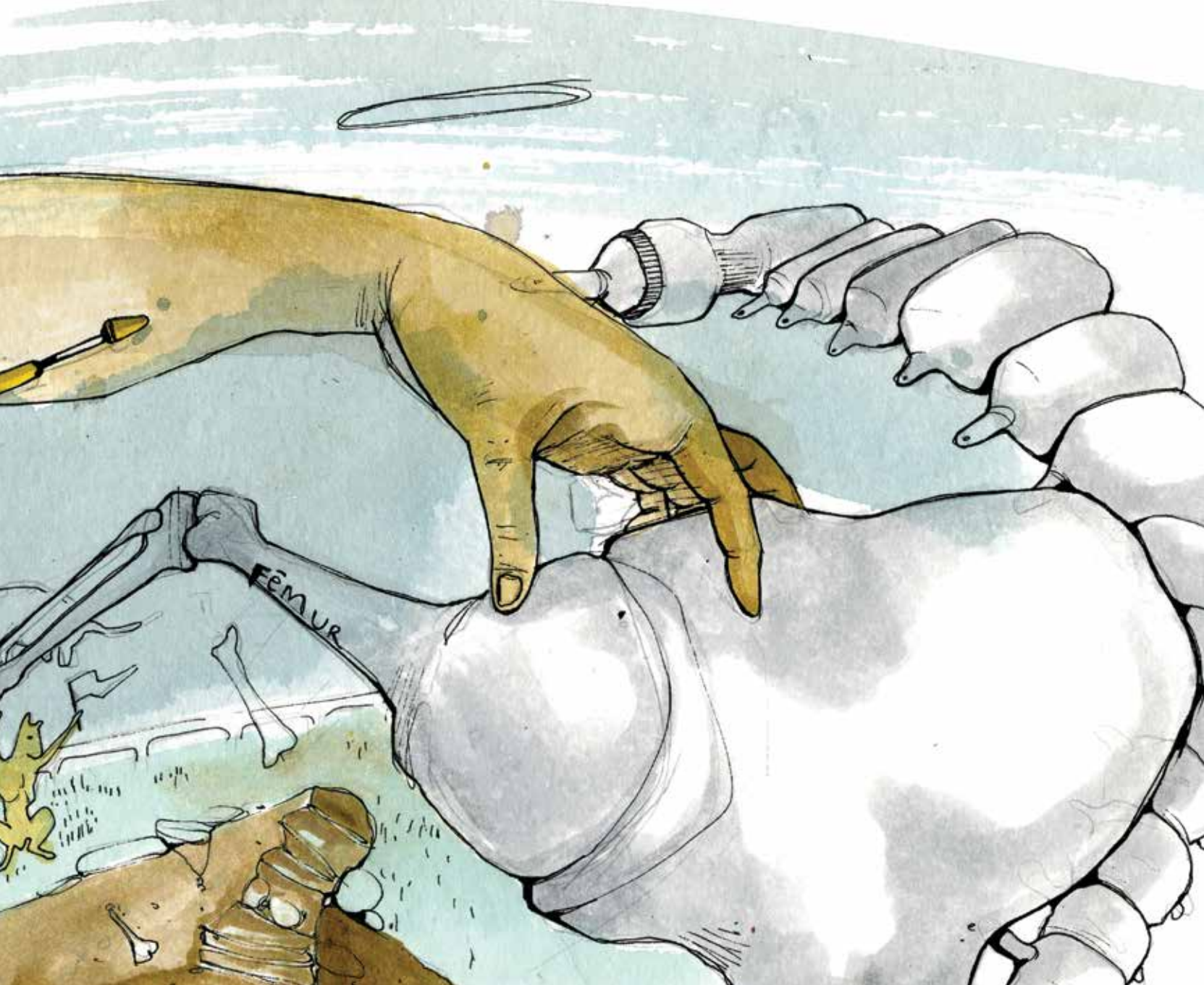
¡Je, je, je! Y me muestra a un esqueleto.

¡Ufffff!

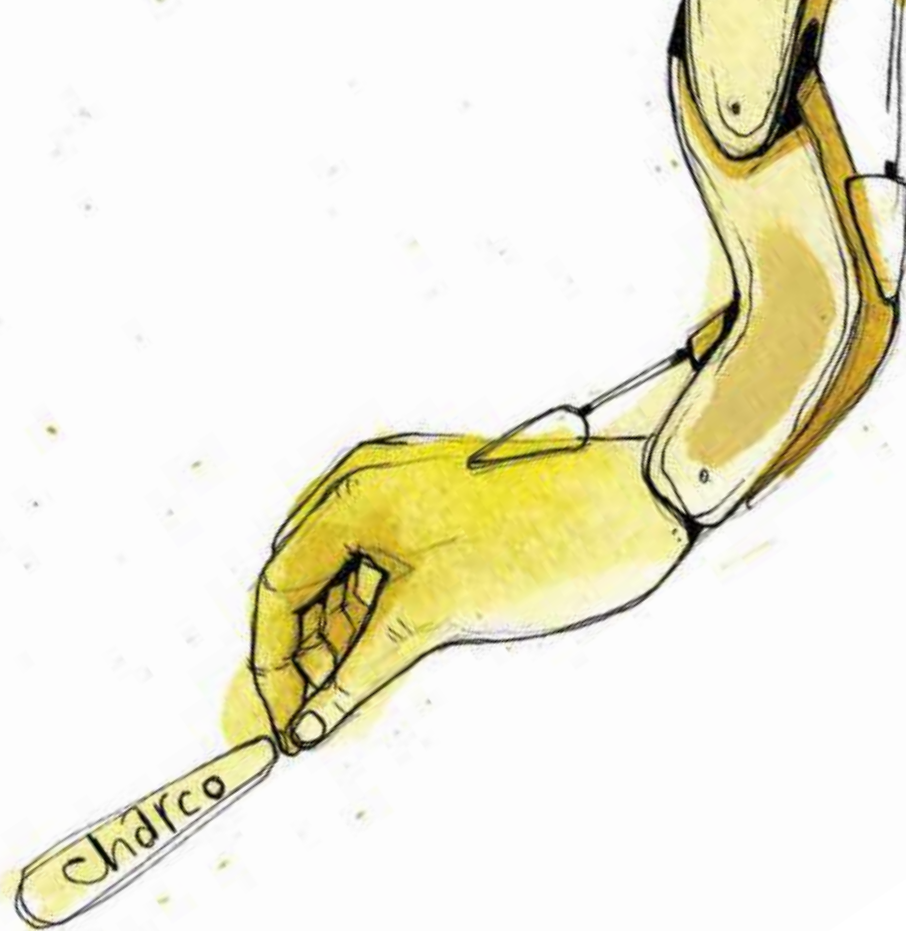
Hoy solo te puedo decir:

¡Vive y sé feliz!





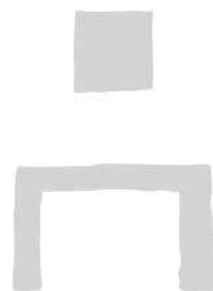








EDICIÓN DIGITAL  
NOVIEMBRE DE 2017  
CARACAS - VENEZUELA



## Aventuras con un Esqueleto

Soraya Rivero (Caracas, 1960)

Diseñadora gráfica y escritora. Su inclinación por las artes y la creación se iniciaron desde muy temprano. Obtuvo el título de bachiller en Humanidades en el Instituto Pestalozzi (1982). En 2010 se graduó como diseñadora gráfica (mención Computarizado). Sus inclinaciones laborales la han llevado a realizar una serie de cursos y talleres en las áreas de comunicación, neurolingüística e informática. Se ha desempeñado como coordinadora en la Secretaría Ejecutiva del Banco Exterior.

*Aventuras con un Esqueleto.* Nos llega desde el más allá, desde los tiempos remotos en donde la astrología guiaba el rumbo de los hombres. Todo sucede cuando un pequeño llamado Raúl sufre un accidente en medio de una construcción. Tras perder los sentidos, inicia un viaje imaginativo para terminar conociendo a un mágico Esqueleto llamado Ramón. La vida de este personaje es tan antigua como los inicios del Universo. Durante su juventud acompañó a un astrónomo en sus estudios estelares, y pudo compartir conocimientos sobre las estrellas y los planetas. Todas estas experiencias ayudan a Raúl a comprender el valor de la amistad y a divertirse sin perjudicar a nadie. Juntos, escribirán una historia impresionante, cargada de risas y aprendizajes.

Richard León Leonice (Maturín, 1985)

Artista plástico egresado de la Escuela de Artes Plásticas "Eloy Palacios", mención Escultura. Participó en el premio a la ilustración latinoamericana – UP (primera edición 2011) e igualmente en el proceso de creación del mural en la plaza Carlos Gardel de Caño Amarillo, en Caracas, en honor a Gardel y al creador de la luz Armando Reverón "En el ruido se goza". En 2011, participó en la XXXI edición del Salón Nacional de Artes en el Museo Mateo Manaure, así como en el 6° Encuentro Internacional de Literatura Infantil y Juvenil de Venezuela. Parte de su trabajo como ilustrador para nuestra editorial se puede apreciar en los títulos: *Orejón; Huevo de avión; Franela de colores; El matacán;*

*Leer a la orilla del cielo; Cuentos piarcos, curripacos y jivis, entre otros.*

